**EL CONSEJO DE DIOS PARA LA ECOLOGÍA**

Génesis 1:27-29

INTRODUCCIÓN:

 La palabra “ecología” proviene del grieto “oikos” que significa “casa”, y “logos” o “logía” que significa “ciencia o conocimiento”. Por lo tanto, la ecología es la ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos con su hábitat. El mundo es la casa donde vive el ser humano, es su “oikos”, que se traduce también como familia o vivienda familiar. Este mundo, que es nuestra casa es hermoso, seguro, habitable, productivo y confortable. Pero en ocasiones tiene manifestaciones que amenazan, dañan, destruyen y perturban este hábitat y al ser humano.

 De estas perturbaciones surgen algunas preguntas: ¿Nuestros pecados pueden afectar a la naturaleza? Los cataclismos, las epidemias, las sequías, inundaciones, huracanes, terremotos, erupciones volcánicas, etc., ¿son solamente fenómenos naturales o tienen algo que ver con nuestra relación con Dios? La historia de la humanidad nos muestra que todas las civilizaciones antiguas conectaron estos trágicos eventos con el juicio o castigo de Dios, que manifestaba de esta manera su enojo por su mala conducta. Y como respuesta siempre han tratado de apaciguar a Dios o a sus dioses por medio de oraciones, ritos esotéricos, libaciones, ofrendas, sacrificios de animales, o incluso sacrificios humanos.

 Con el advenimiento de la Edad Moderna a partir del siglo dieciséis (XVI) con la edad de la Ilustración o el Renacimiento, la sociedad comenzó a inclinarse a interpretar estos fenómenos como naturales, fortuitos, casuales e inevitables, sin ninguna relación con su conducta o su fe. Incluso, muchos siglos antes, en el libro de Eclesiastés en la Biblia, señala que tanto los malos como los buenos quedan atrapados por el mismo acontecimiento, diciendo “Todo acontece de la misma manera a todos, un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio, al que sacrifica, y al que no sacrifica, como al bueno, así al que peca, al que jura, como al que teme el juramento” (Eclesiastés 9:2)

 Sin embargo, aunque sabemos que esto es así, los hechos de la historia nos muestran que no debemos encerrarnos en una sola interpretación si queremos sobrevivir, o si queremos evitar males mayores. Porque estos eventos trágicos Dios los usa para llamar nuestra atención y para conducirnos a un radical cambio en nuestra conducta. No quiere decir que todas las veces que sufrimos un accidente Dios nos está hablando, pero a veces sí lo hace. No quiere decir cada sequía es un llamado de atención de Dios, pero a veces, sí lo es. No quiere decir que cada vez que nos enfermamos Dios nos está presionando para que nos arrepintamos, pero a veces sí, en verdad, nos está presionando. Así como no debemos pensar que es un castigo de Dios cada perturbación de la naturaleza, tampoco debemos pensar que Dios está totalmente ausente, como si no existiera ni participara en todo lo que ocurre en el mundo.

 Veamos un ejemplo. Recordamos que cuando Jonás estuvo huyendo de Dios, porque no quería predicar lo que Dios le dijo que predicara, se encontró de pronto atrapado en una gran tormenta en el mar. “Pero Dios hizo levantar un viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave. Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno clamaba a su dios” (Jonás 1:4-5) pero la tormenta se acrecentaba cada vez más y más. Así que echaron suertes para saber por quién en el barco era el culpable, y la suerte cayó en Jonás, el cual tuvo que confesar que estaba huyendo de Dios, y que la única manera de impedir el naufragio era que lo echaran al mar. Los marineros no quisieron, pero luego hicieron lo que Jonás les dijo, Y en el mismo momento que lo arrojaron al agua, el mar se aquietó.

No todas las tormentas en los mares y océanos del mundo son provocados por Dios, pero en este caso particular sí. Así lo entendió Jonás y así lo comprobaron todos los que navegaban en ese barco.

 La falta de lluvia y las grandes sequías no necesariamente fueron provocadas por Dios, pero muchas veces sí. Tal como lo menciona Salomón durante la dedicación del templo, diciendo “Si los cielos se cerraren y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, si oraren a ti hacia este lugar, y confesaren tu nombre y se convirtieren de sus pecados, cuando los afligieres, tú los irás en los cielos y perdonarás el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, y les enseñarás el buen camino para que anden en él, y darás lluvia sobre tu tierra, que diste por heredad a tu pueblo” (2 Crónicas 6:26-27)

 Aquí, algunos podrían opinar que la sequía se debía al cambio climático, a una mera casualidad o a la falta de cuidado del medioambiente o a la deforestación. Y puede ser cierto, y que la sequía sea culpa del hombre por su mala administración del suelo. Sin embargo, ¿por qué a nadie se le ocurre que la causa tenga que ver con Dios? ¿Por qué nadie piensa que la maldición de la tierra puede ser la consecuencia de la desobediencia a sus mandamientos? ¿Por qué se piensa únicamente en un solo sentido? Porque el hombre hace mucho tiempo dejó de ser religioso y ha desvinculado a Dios de la creación. Por eso necesitamos abrir nuestra mente, no encerrarnos en nuestras ideas preconcebidas, y ver qué nos enseña Dios en la Biblia al respecto:

**I NOS ENSEÑA QUE DIOS HIZO TODO MUY BIEN**

Cuando Dios concluyó toda su creación, la Biblia nos dice “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31) Y luego de crear al hombre y a la mujer los bendijo y les puso como administradores de su creación, y así en Génesis 1:28 leemos “Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.”

Sin embargo, el título de propiedad siempre ha sido de Dios, como dice Salmos 50:10-11 “Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados. Conozco a todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los campos es mío” y Salmos 24:1 dice “Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”

Y Job nos dice que estas cosas las entienden incluso los animales y los peces: “O habla a la tierra, y ella te enseñará; los peces del mar te lo declararán también. ¿Qué cosa de todas estas no entiende que la mano de Dios la hizo? En su mano está el alma de todo viviente, y el hálito de todo el género humano” (Job 12:8-10)

Porque cuando uno entiende esto, no puede menos que alabar y cantar a Dios. El salmo 148:6-10 lo expresa así: “Alaben el nombre de Dios, porque él mandó y fueron creados…Alabad a Dios desde la tierra, los monstruos marinos y todos los abismos, el fuego y el granizo, la nieve y el vapor, el viento de tempestad que ejecuta su palabra, los montes y todos los collados, el árbol de fruto y todos los cedros, la bestia y todo animal, reptiles y volátiles”

Incluso hay un llamado para que también canten las estrellas a Dios. “Alabadle, sol y luna, alabadle, vosotras todas lucientes estrellas” (Salmos 148:3) Y no hace mucho tiempo hemos leído o escuchado en las noticias que astrofísicos del Instituto de Astrofísica de Canarias, han descubierto la “música de las galaxias” tras analizar un centenar de galaxias espirales, que emiten un complejo patrón de resonancias.

También nosotros nos unimos a esta melodía para cantar a Dios. Pero también la Biblia nos enseña:

**II NOS ENSEÑA QUE EL PECADO AFECTÓ A TODA LA CREACIÓN**

Por causa de la desobediencia del hombre y la mujer, toda la tierra sufrió las consecuencias y fue maldecida. En Génesis 3:17 dice “Y al hombre (Dios) dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol del que te mandé diciendo: No comerás de él, maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida”

En otras palabras, todo lo bueno que hizo Dios fue afectado por el pecado, como leemos en Romanos 5:12 “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”

 El pecado afectó también a toda la creación a tal punto que la hace gemir. “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22) y anteriormente dijo “Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza, porque también la creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.” (8:20-21)

En otra de sus epístolas, en 1 Corintios 15:22, 45 el apóstol Pablo escribió: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” “Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.”

La vivificación por medio de Cristo no será solo para el ser humano sino para toda la creación donde la muerte no existirá más, porque el pecado habrá desaparecido para siempre. La creación será libertada del deterioro, de la corrupción para ser parte de la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

En tercer lugar, Dios por medio de la Biblia

**III NOS ENSEÑA ADMINISTRAR LO CREADO**

 En Génesis 2:15 se nos dice que “Tomó, pues, Dios el Señor al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” y hasta el día de hoy Dios no se desatendió de su creación. Jesús dijo “Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta…” “Considerad los lirios del campo como crecen…y si la hierba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios la viste así…” (Mateo 6:26,28, 30) Y más adelante dirá Jesús “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre” (Mateo 10:29)

 Notemos que dice que Dios alimenta a las aves y que Dios viste a los lirios del campo, y que a Dios no se le escape ningún detalle, si siquiera cuando cae a tierra un pajarito. Dios nos hizo parte de su proyecto para que cuidemos su creación como él la cuida. Cada vez que regamos una planta, cada vez que abonamos y enriquecemos la tierra, cada vez que creamos las condiciones para que crezcan y se reproduzcan, cada vez que sembramos, cada vez que plantamos, estamos colaborando con Dios.

 Marcos Rafael Blanco Belmonte, un poeta, escritor, periodista y traductor español (1871-1936) escribió un poema basado en un encuentro que tuvo con hombre cuando era niño, un hombre excéntrico que muchos consideraban que estaba loco. Su poema dice:

 De aquel rincón bañado de fulgores del sol que nuestro cielo triunfante llena;

 de florida tierra donde entre flores se deslizó mi infancia dulce y serena;

 envuelto en los recuerdos de mi pasado, borroso cual lo lejos del horizonte,

 guardo el extraño ejemplo, nunca olvidado,

 del sembrador más raro que hubo en el monte.

 Aún no se si era sabio, loco o prudente aquel hombre que humilde traje vestía;

 sólo sé que al mirarle toda la gente con profundo respeto se descubría.

 Y es que acaso su gesto severo y noble a todos asombraba por lo arrogante:

 ¡hasta los leñadores mirando al roble sienten las majestades de lo gigante!

 Una tarde de otoño subí a la sierra y al sembrador, sembrando, miré risueño;

 ¡desde que existen hombres sobre la tierra nunca se ha trabajado con tanto empeño!

 Quise saber, curioso, lo que el demente sembraba en la montaña sola y bravía;

 el infeliz oyóme benignamente y me dijo con honda melancolía:

 “Siembro robles y pinos y sicomoros; quiero llenar de frondas esta ladera,

 quiero que otros disfruten de los tesoros que darán estas plantas cuando yo muera.”

 ¿Por qué tantos afanes en la jornada sin buscar recompensa? Dije.

 Y el loco murmuró, con las manos sobre la azada: “Acaso tú imaginas que me equivoco

 acaso, por ser niño, te asombre mucho el soberano impulso que mi alma enciende;

 por los que no trabajan, trabajo y lucho; si el mundo no lo sabe, ¡Dios me comprende!

 “Hoy es el egoísmo torpe maestro a quien rendimos culto de varios modos:

 si oramos, pedimos sólo el pan nuestro, ¡Nunca al cielo pedimos pan para todos!

 En la propia miseria los ojos fijos, buscamos las riquezas que nos convienen

 y todo lo arrostramos por nuestros hijos, ¿Es que los demás padres hijos no tienen?...

 Vivimos siendo hermanos sólo en el nombre y, en las guerras brutales con sed de robo,

 Hay siempre un fratricida del hombre, y el hombre para el hombre siempre es un lobo.

 “Por eso cuando al mundo, triste, contemplo, yo me afano y me impongo ruda tarea

 y sé que vale mucho mi pobre ejemplo aunque pobre y humilde parezca y sea.

 ¡Hay que luchar por todos los que no luchan!

 ¡Hay que pedir por todos los que no imploran!

 ¡Hay que hacer que nos oigan los que no escuchan!

 ¡Hay que llorar por todos los que no lloran!

 Hay que ser cual abejas que en la colmena fabrican para todos dulces panales

 Hay que ser como el agua que va serena brindando al mundo entero frescos raudales

 Hay que imitar al viento, que siembra flores lo mismo en la montaña que en la llanura,

 y hay que vivir la vida sembrando amores, con la vista y el alma siempre en las alturas”

 Dijo el loco, y con noble melancolía por breñas del monte siguió trepando,

 y al perderse en las sombras, aún repetía:

“¡Hay que vivir sembrando! ¡Siempre sembrando!...”

Como ningún otro, este hombre considerado loco por algunos, ha interpretado como pocos el consejo de Dios sobre la ecología. Ha interpretado nuestra responsabilidad con el medio ambiente, pero también nuestra responsabilidad hacia los que pueden hacer nada por sí mismos: lo que no luchan, los que no imploran, los que no escuchan, los que no lloran. En ellos también debemos sembrar la esperanza, y como decía el poema “hay que imitar al viento, que siembra flores lo mismo en la montaña que en la llanura, y hay que vivir la vida sembrando amores, con la vista y el alma siempre en las alturas”

CONCLUSIÓN:

 En realidad Dios está presente en su creación y nos está hablando. Nos habla cuando despliega ante nuestros ojos la enorme belleza de lo que ha creado, desde una minúscula flor hasta el majestuoso rugir de una castada, los habla mientras despliega por las noches un cielo estrellado, y nos habla cuando todo se despierta en un glorioso amanecer. Pero también nos habla de otra manera cuando no queremos oír: nos habla por medio de la furia de una tormenta, o las grietas que la sequía abre en el suelo. Nos habla en nuestras tragedias y enfermedades para que al fin de cuentas volvamos a su camino, porque indiscutiblemente nos ama.